

DANTE ALIGHIERI
POETA EXILIADO DE LA “DIVINA COMEDIA”

Alfonso Rubio y Rubio

El tránsito del siglo XIII al siglo XIV de nuestra era se considera como una época de grandes encrucijadas, como la época del largo crepúsculo vespertino de la Edad Media, en el que ya estaba encendida la luz del humanismo cristiano, pero en la que se encendía también la luz del humanismo social y profano. Es la época en la que la cultura feudal comienza su retirada ante la penetración de los nuevos conceptos y aspiraciones de la joven burguesía italiana, la burguesía nobiliaria que toma el poder en las ciudades autónomas de Italia (como la tomó más tarde en Holanda, Alemania, Dalmacia, etc.) llevada, quizás, por el ejemplo de la “novia del Adriático”, la República veneciana de San Marcos. El interés exclusivamente religioso dejó abierto el paso a los problemas socio-económicos y éticos sin volver la espalda (¡no había razón para ello!) a la Teología y a la Mística, que recomenzaron a florecer precisamente en el siglo XIII.

Uno de los más completos representantes de esta época (...) es, sin duda alguna, Dante Alighieri (1265-1321), uno de los más grandes poetas no sólo de la literatura italiana o de la Edad Media, sino de toda la literatura universal. Dante Alighieri funde en su vida y en su obra la esencia de su época: su espíritu abarca la vieja ética enseñada por Séneca, la clásica retórica y poética creada por Virgilio, la reciente mística franciscana introducida por S. Buenaventura, la Filosofía y la Teología interpretada por Sto. Tomás de Aquino y su propio genio creador que, al mismo tiempo, anunciaba lo nuevo en el desarrollo de la sociedad, de la historia y de la cultura.

Los primeros datos biográficos

Dante nació entre la segunda mitad de mayo y la primera mitad de junio de 1265 en Florencia, la ciudad que (...) era, junto con Venecia y Génova, una de las más prósperas

ciudades de aquel entonces. Procedía de una familia de nobles florentinos que se consideraba descendiente de los patricios romanos, fundadores de Florencia, y que forjó su nobleza en las Cruzadas. (...)

El joven Dante –como ya era costumbre en las ciudades prósperas- estudió retórica y a los clásicos latinos, y conoció perfectamente a Virgilio (la “Eneida”), a Horacio y Ovidio (lírica), a Cicerón (retórica, propiamente dicha) y a Séneca (la ética), es decir, conoció a los autores de diversas disciplinas que le ayudaron posteriormente a encontrar su propio estilo y camino original. Pero también estudió Teología y Filosofía asistiendo a las conversaciones y a las conferencias de estas temáticas en los conventos de la Santa Cruz (franciscano) y de Santa María la Nueva (dominico), donde se familiarizó con los pensamientos de San Buenaventura, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

(...) Luego completó sus estudios en Bolonia (retórica y el *arts dictaminis*). No obstante, como poeta, Dante se formó por su propia iniciativa, leyendo la lírica provenzal, a los autores que escribían en italiano como su gran amigo Guido Calvacanti) y a los clásicos latinos entre los cuales consideraba a Virgilio como su auténtico maestro.

En 1283 casó –por expreso deseo de su padre- con Gemma di Manetto, una mujer de la aristocracia burguesa de la casa Donati. Tuvo cuatro hijos: Jacobo, Pietro, Antonia (probablemente luego la monja Beatrice de un convento de Rávena) y Giovanni. Esta situación familiar tiene cierta importancia, porque constituyó una parte de su mundo creador literario –la frustración, el amor, la separación- basado en una experiencia personalísima.

Las primeras obras literarias y el *Stil nuovo*

La primera obra literaria de Dante –“La vida nueva” (1292)- nos introduce en la vida subjetiva, nueva y original que surge en todos los espíritus humanos, cuando por primera vez el hombre descubre por sí mismo la belleza de su propia vida y de lo que le rodea. La obra, dedicada a Guido Calvacanti, vierte en unidad psicológica y moral una serie

de poesías, tejidas por un análisis sutilísimo, escrito en prosa. Las poesías honran a una joven aristocrática florentina a la que el poeta llama Beatrice, por lo que se puede identificar este personaje, casi con toda seguridad, con Bice, hija de Folco Portinari, casada con Simón de Bardi, muerta en 1290 y “eternizada” en el Paraíso de la “Divina Comedia”. (...)

Arrancando desde esta disposición y –en cierto sentido- desde este conflicto entre la verdad artística y la real, es cuando crea sus versos más perfectos conforme al *dolce stil nuovo*, que inició Guido Guinizelli (¿1235?-1276), pero que Dante perfeccionó y lo hizo suyo, como se puede ver en el poema XIX de la “Vida nueva” y en el canto XXIV del “Purgatorio”. La característica general de este *dolce stil nuovo* es la sinceridad y la intimidad de la inspiración poética. Pero este estilo tiene además su “filosofía” o, mejor dicho, su propia óptica en la contemplación de la vida y del amor. Estas características se refieren, de una manera muy resumida, a cinco puntos: a) el amor reside únicamente en el corazón “gentil” y no hay hombres nobles sin amor; b) la nobleza del corazón, no se hereda, no es una nobleza de sangre, sino la que cada uno consigue ejercitando las virtudes; c) la *bella donna*, es decir, el ideal personificado crea en el hombre la innata disposición hacia el bien y eleva el alma hacia el Sumo Bien; d) este ideal personificado en la *bella donna* que también llama “la mujer casi ángel”, “la mujer angelical”, “la luz pura”, etc., convierte en bueno todo lo que se mira y todo lo que se siente; y e) la metáfora del amante, humilde y sumiso, contemplando esta bondad y esta belleza perfecciona al propio autor ya que él es este amante. En una palabra, el *dolce stil nuovo* determina los versos que alaban la belleza de la mujer en la que se ama la obra del Creador. (...)

Entonces, junto con el amor (que no tiene por qué ser el amor platónico) con la inclinación natural hacia la belleza y la bondad, esta obra juvenil de Dante nos introduce en la atmósfera del entusiasmo y del ensueño, impregnados con el temor de perder aquel ser que, en realidad, no se posee, pero en cuya perfección goza su fantasía y –digámoslo así- su alma. Pero llega el momento de una mayor purificación de los sentimientos. Tras la muerte de su padre, muere también Beatriz (8 de junio de 1290). Desde entonces Dante no deja de identificar a Beatriz con la perfección espiritual, con la gloria celestial de esta mujer-ángel y con la imagen de la Gracia. Por ello Dante promete al final de “la vida nueva” decir de

Beatriz lo “que nadie jamás dijo de una mujer”. Con ello anunciaba su obra maestra: “La Divina Comedia”. (...)

“La Divina Comedia”

Como un símbolo completo la “Comedia” –a la que Giovanni Boccaccio añadió el adjetivo de divina, cuando, en 1374, comentaba la obra de Dante en la iglesia de S. Stefano di Badia de Florencia- nos proporciona la imagen del propio autor en la vida íntima del creador literario, del hombre desterrado, preocupado por los problemas sociales y religiosos. (...)

Mientras “interiormente” esta obra habla de las almas después de la muerte, “exteriormente” es la descripción de un viaje por el “otro mundo” que dura siete días (de 8 a 15 de abril de 1300) en tres partes: Infierno, Purgatorio y Paraíso. (...)

La construcción de la “Divina Comedia” es también original y corresponde a la idea de la armonía de las proporciones. En ella el Universo se concibe conforme a la fe cristiana y a la ciencia de aquella época, y toda la construcción está realizada sobre una concepción estrictamente geométrica. Como en “La vida nueva”, asimismo en la “Divina Comedia” todo se centra en los números tres y nueve, símbolo de la divinidad. No obstante, el número cien representa mejor la perfección divina en cuanto representa una potencia y una fuerza completa. Por eso, cada una de las partes de este magno poema (Infierno, Purgatorio y Paraíso) está compuesto de 33 cantos, y, junto con un canto introductorio, toda la obra tiene cien cantos. Cada estrofa tiene tres versos, es decir, compone un terceto encadenado, unido por las rimas. Cada canto, a su vez, termina con la misma palabra (“estrellas”) y tiene un número más o menos equilibrado de estrofas.

Este orden severo, característico del espíritu del genio de Dante, se manifiesta también en la “arquitectura” de los tres imperios que componen “La Divina Comedia”. El “infierno” es un profundo precipicio al lado opuesto del hemisferio norte habitado, y llega hasta el propio centro de la Tierra. Allí, en el lugar más alejado de Dios, está encadenado

Lucifer por toda la eternidad. Al lado opuesto de la Jerusalén celestial se encuentra el monte del Purgatorio que surgió de aquella tierra que se retiró de espanto, cuando Lucifer cayó del cielo; está solitario en medio de las aguas del hemisferio sur y en su cumbre se encuentra el bosque verde del paraíso terrenal. La Tierra es inmóvil y se encuentra en el centro del Universo y alrededor de ella giran las estrellas y siete planetas. Más allá se encuentran las estrellas inmóviles (la inmovilidad es símbolo de perfección), “el cielo de la luz pura” =Empíreo= donde se halla el trono de la Santísima Trinidad. (...)

Comprendiéndolo literalmente, Dante sale del mundo de los vivos y entra en los mundos de los difuntos. Pero en el sentido simbólico, Dante sale de lo corporal y entra en lo espiritual y místico. En su mundo espiritual todas y cada una de las almas –cuya esencia conoce únicamente Dios- se convierten para Dante en un misterio vivo, que él reconoce en la misma medida en la que puede, o no, vivir poéticamente. Se trata, pues, de la conciencia poética que Dante toma como base para su creación propia, dentro de la belleza, de la sabiduría, y de la contemplación activa. (...)

Tres niveles de la madurez de Dante

Siguiendo el viaje poético de Dante por su Infierno, Purgatorio y Paraíso encontramos claramente tres niveles de la madurez creadora del poeta y de la madurez ética del hombre.

El Infierno. El hombre, por su propia naturaleza, tiende a conocer la belleza, la bondad y la verdad. (...) El hombre es la criatura dotada de razón, pero si la razón se somete a la voluntad ciega, (...) se pone fácilmente al servicio de los instintos. Si por otro lado, la razón –esta facultad humana que constantemente quiere descubrir nuevos conocimientos- destruye a la voluntad, el hombre llega a despreciar su propia vida y la vida de los demás, encerrándose en su egoísmo y autosuficiencia. (...)

El Purgatorio. Dante obtiene una nueva experiencia subiendo por el monte del Purgatorio. Allí, el ser humano sale de su individualidad material y desea su propia

perfección. Formándose completamente libre –según las exigencias de su propia vida interior y de la sociedad- el hombre exterioriza las facultades de su espíritu en la Música, en el amor, en la templanza y la sabiduría, etc. El purgatorio es el mundo del perfeccionamiento, porque allí se limpia la voluntad y la razón de los intereses carnales y materialistas con la humildad, fortaleza, sencillez, amabilidad, pureza, bondad y con las demás virtudes humanas y ascéticas. (...)

El Paraíso. (...) Considerado el Paraíso de Dante tan sólo desde el punto de vista literario, se trata de un poema de constante ascenso místico, detrás de Beatriz, de un círculo a otro, hasta llegar al cielo de los cielos (Empíreo). Esta constante subida hace al poeta cada vez más capacitado para el Universo creado. (...)

LA DIVINA COMEDIA*

CANTO V

Así descendí del primer círculo al segundo, que contiene menos espacio pero mucho más dolor, el cual origina desgarradores gritos. Allí estaba el horrible Minos, que, rechinando los dientes, examina las culpas de los que entran; juzga, y da a entender sus órdenes por medio de las vueltas de su cola. Es decir, que cuando se presenta ante él un alma pecadora y le confiesa todas sus culpas, aquel gran conocedor de los pecados ve qué lugar del infierno debe ocupar y se lo designa, ciñéndose al cuerpo la cola tantas veces cuantas sea el número del círculo a que debe ser enviada.

Ante él están siempre muchas almas, acudiendo por turno para ser juzgadas; hablan y escuchan, y después son arrojadas al abismo.

-¡Oh, tú, que vienes a la mansión del dolor!- me gritó Minos cuando me vio, suspendiendo su terrible ministerio-. Mira cómo entras y de quién te fías: no te alucine lo anchuroso de la entrada.

Entonces mi guía le preguntó:

-¿Por qué gritas? No te opongas a su viaje, ordenado por el destino: así lo han dispuesto allí donde se puede lo que se quiere, y no preguntes más.

Luego empezaron a dejarse oír voces plañideras, y llegué a un sitio donde hirieron mis oídos grandes lamentos. Entrábamos en un lugar enteramente oscuro y que rugía como el mar tempestuoso cuando está combatido por vientos contrarios. La tromba infernal, que no se detiene nunca, envuelve en su torbellino a los espíritus; les hace dar vueltas continuamente y los agita y los molesta; cuando se encuentran ante la valla de rocas que los encierra, allí son los gritos, los llantos y los lamentos, y las blasfemias contra la virtud divina.

Supe que estaban condenados a semejante tormento los pecadores carnales que sometieron la razón a sus apetitos lascivos; y así como los estorninos vuelan en grandes y compactas bandadas en la estación de los fríos, así aquel torbellino arrastra a los espíritus malvados, llevándolos de acá para allá, de arriba abajo, sin que abriguen nunca la esperanza de tener un momento de reposo ni de que su pena se aminore. Y del mismo modo que las grullas van lanzando sus tristes gritos, formando todas una prolongada hilera en el aire, así también vi venir, exhalando gemidos, a las sombras arrastradas por aquella tromba. Por lo cual pregunté:

-Maestro, ¿qué almas son esas a quienes de tal suerte castiga ese negro torbellino?

-La primera de esas de quienes deseas noticias -me dijo entonces- fue emperatriz de una multitud de pueblos donde se hablaban diferentes lenguas, y tan dada al vicio de la lujuria, que permitió en sus leyes todo género de licencia, para ocultar de este modo la abyección en que vivía. Es Semiramis, de quien se lee que dio de mamar a Nino y fue su esposa y reinó en la tierra de quien hoy es dueño el Soldán. La otra es la que se mató por amor y quebrantó la fe prometida a las cenizas de Siqueo. Después sigue la lasciva Cleopatra.

Vi también a Elena, que dio lugar a tan funestas guerras, y vi al gran Aquiles, que a fin tuvo que combatir por amor. Vi a Paris, a Tristán y a más de mil sombras que me enseñó y designó con el dedo, y a quienes Amor había hecho salir de esta vida. Cuando oí a

mi Doctor nombrar las antiguas damas y los caballeros, me sentí dominado por la piedad y quedé como aturdido. Empecé a decir:

-Poeta, quisiera hablar a aquellas dos almas que van juntas y parecen más ligeras que las otras impelidas por el viento.

Y él me contestó:

-Espera que estén más cerca de nosotros, y entonces ruégales por el amor que las conduce que se dirijan hacia ti.

Tan pronto como el viento las impulsó hacia nosotros, alcé la voz diciendo:

-¡Oh almas atormentadas!, venid a hablarnos, si otro no se opone a ello.

A la manera que dos palomas, excitadas por sus deseos, se dirigen con las alas abiertas y firmes hacia el dulce nido, llevadas en el aire por una misma voluntad, así salieron aquellas dos almas de entre la multitud donde estaba Dido, dirigiéndose hacia nosotros a través del aire maligno, atraídas por mi eficaz y afectuoso llamamiento.

-¡Oh ser gracioso y benigno, que vienes a visitar en medio de este aire negruzco a los que hemos teñido de sangre el mundo; si fuese nuestro amigo el Rey del universo, le rogaríamos por tu tranquilidad, ya que te compadesces de nuestro acerbo dolor. Todo lo que te agrade oír y decir, te lo diremos y escucharemos con gusto, mientras siga el viento tan tranquilo como ahora. La tierra donde nací está situada en la costa donde desemboca el Po con todos sus afluentes para descansar en el mar, Amor, que se apodera pronto de un corazón gentil, hizo que éste se prendara de aquel hermoso cuerpo que me fue arrebatado de un modo que aún atormenta. Amor, que no dispensa de amar al que es amado, hizo que me entregara al placer de que se embriaga éste tan vivamente que, como ves, no me abandona nunca. Amor nos condujo a la misma muerte. Caín espera al que nos arrancó la vida.

Tales fueron las palabras de las dos sombras.

Al oír a aquellas almas heridas, bajé la cabeza y la tuve inclinada tanto tiempo, que el Poeta me dijo:

-¿En qué piensas?

-¡Ah! -exclamé al contestarle-. ¡Cuán dulces pensamientos, cuántos deseos los han conducido a este sitio doloroso!

Después me dirigí hacia ellos, diciéndoles:

-Francisca, tus desgracias me hacen derramar tristes y compasivas lágrimas. Pero dime: en tiempo de los dulces suspiros, ¿cómo os permitió Amor conocer vuestros secretos deseos?

Ella me contestó:

-No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria; y eso lo sabe bien tu Maestro. Pero si tienes deseo de conocer cuál fue el principal origen de nuestro amor, haré como el que habla y llora a la vez. Leíamos un día por pasatiempo las aventuras de Lancelote, y de qué modo cayó en las redes del Amor: estábamos solos y sin abrigar sospecha alguna. Aquella lectura hizo que nuestros ojos se buscaran muchas veces y que palidciera nuestro semblante; mas un solo pasaje fue el que decidió de nosotros. Cuando leíamos que la deseada sonrisa de la amada fue interrumpida por el beso del amante, éste, que jamás se ha de separar de mí, me besó tembloroso en la boca: el libro y quien lo escribió fue para nosotros otro Galeoto; aquel día ya no leímos más.

Mientras que un alma decía esto, la otra lloraba de tal modo, que, movido a compasión, desfallecí como si me muriera y caí como cae un cuerpo sin vida.

*BRANJNOVIC, Luka, Grandes figuras de la literatura universal, EUNSA, Pamplona, 1973, pp. 82-101.

